



Santa María Eugenia de Jesús

24 de abril de 1886

Qué lágrimas ha prometido consolar nuestro Señor

Mis queridas hijas:

Hoy, Sábado Santo, estamos entre las lágrimas de ayer y la alegría que la resurrección del Salvador traerá a toda la Iglesia de Dios en la próxima noche.

Anticipándonos, hemos cantado el *Aleluya* en la Misa, y las campanas han reanudado su sonido para saludar a Cristo resucitado¹. Estas santas ceremonias no deberían tener lugar hasta las once de la noche. No somos lo bastante fuertes, ni lo bastante fervorosas, para mantener las santas vigiliass que en otro tiempo llevaban nuestros padres. El Sábado Santo es, sin embargo, el día de las lágrimas de la Santísima Virgen, y el día en que las almas piadosas son invitadas a honrar, acompañar y consolar a Nuestra Señora en su desolación.

Bienaventurados los que lloran, dijo Nuestro Señor, *porque ellos serán consolados*². Al pie de la cruz, la Santísima Virgen lloró: lloró por los pecados de los hombres y por los sufrimientos de su divino Hijo. Para que nuestras lágrimas tengan algún mérito, y para que fluyan con la esperanza de que Dios las consolará, guardémoslas, hermanas mías, por este doble motivo: nuestros pecados y los sufrimientos de Jesucristo.

Llorar nuestros pecados y los de los demás, si no con lágrimas en los ojos (no siempre depende de nosotras derramarlas), al menos con lágrimas en el corazón. Detestar todas las ofensas a Dios, grandes y pequeñas, todas las raíces que el pecado tiene en nosotras. Detestar todos los pecados públicos, todos los crímenes sociales, todos los escándalos. Llorar por tantas almas expuestas al mal o que viven en el mal. Llorar también por los pecados de nuestras niñas: son lágrimas bien empleadas. A los que lloran así con María, podemos decirles: *Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados*.

El pecado es la causa de todos los males: expulsó al hombre del paraíso terrenal. Trajo al mundo el dolor y la muerte. Abrió el purgatorio y cavó el infierno. Y sin embargo, ¿puedo decir esto ante personas consagradas a Dios? ¡No tenemos suficiente sentido del pecado, no tenemos suficiente contrición por el pecado!

Habéis leído en la vida de santa Catalina de Siena que, habiendo rogado a Dios que concediera a su confesor, el beato Raimundo de Capua, la mayor gracia que podía concederle, Dios le concedió una contrición de pecado tan profunda que sus lágrimas

¹ El *Aleluya* se cantaba en la mañana del sábado santo. Pío XII puso la Vigilia Pascual por la tarde.

² Mt 5, 5.

comenzaron a brotar en abundancia, y fluyeron con amargura de corazón durante veinticuatro horas. Esta fue una gracia escogida que Santa Catalina de Siena obtuvo para él de Jesucristo. Pidamos a menudo a Dios, hermanas mías, que nos dé un profundo aborrecimiento del pecado y una contrición habitual por las faltas más pequeñas. A esto debemos desear y aspirar cada vez que nos acerquemos al sacramento de la penitencia.

Hay una segunda clase de lágrimas que nunca derramaremos bastante: las que derramamos por los sufrimientos de Nuestro Señor. También aquí la Virgen es nuestro modelo. ¡Cómo lloró, cómo sufrió! Parece haber agotado la fuente de sus lágrimas. Las santas mujeres estuvieron con ella en el Calvario: ¡qué honor para nosotras!

Verdaderamente, el Viernes Santo es un día hermoso para las mujeres. Estaban allí con la Santísima Virgen, llorando y sufriendo con Nuestro Señor. En el camino doloroso, fue una mujer la que se acercó con prontitud, libre y voluntaria, para enjugar las lágrimas y la sangre que velaban el rostro del Salvador, mientras que un hombre, Simón de Cirene, tuvo que ser obligado a ayudar a Jesús a llevar su cruz. Las hijas de Jerusalén también siguieron a Jesucristo, llorando y lamentándose. Si nuestro Señor parece reprocharles algo, creed, sin embargo, que estas lágrimas voluntarias y libres, estos gritos de dolor, fueron bendecidos y santificados. Se han convertido para ellas en fuente de consuelo eterno.

También Dios bendecirá, santificará y consolará vuestras lágrimas, mis queridas hijas. Las derramadas a causa del pecado serán consoladas por la contrición. En efecto, hay un gran consuelo en sentir que uno odia sus pecados. Apelo a vuestra experiencia. ¿No habéis experimentado todas esta alegría? Cuando uno es joven, suele conmovirse de un modo especial por una confesión general. ¿No nos sentimos entonces muy felices?

En cuanto a las lágrimas derramadas por los sufrimientos de Nuestro Señor, también éstas serán consoladas. Este mismo día, la Santísima Virgen ha visto a Nuestro Señor radiante con la luz de la eternidad.

Aquel pobre cuerpo roto, que ayer llevaba las marcas de clavos, látigos y espinas, y que había sido depositado sin vida en sus brazos, está ahí. Lo ve resucitado, radiante de luz y resplandor. Cada una de sus heridas se ha convertido en la luz del mundo. Ve salir de ellas la santidad de las almas, la perfección y la gloria de la Iglesia, todo el bien que se hará siempre en el mundo. ¿Pensáis cuál debe ser la alegría de María, y cómo recibe desde ahora el consuelo de sus lágrimas?

Después de ella lo recibió Magdalena, y las santas mujeres que fueron las primeras en anunciar la resurrección a los discípulos. Nuestro Señor ni siquiera quiso negar este supremo consuelo a los que le habían abandonado. San Pedro le había negado. Pero la mirada del Salvador que caía sobre él había hecho brotar en sus ojos un manantial de lágrimas que acabaron por esculpir surcos en sus mejillas. Los apóstoles también habían huido a la hora de la Pasión.

Se escondieron en las cuevas de los alrededores de Jerusalén. Tal vez entonces volvieron a la Santísima Virgen para buscar apoyo y consuelo en esta madre de misericordia. Nuestro Señor, olvidando la infidelidad de los apóstoles, se les apareció con sus llagas gloriosas, trayéndoles la paz y el perdón. Después se apareció a los discípulos en el camino de Emaús. En estos hermosos Evangelios de Pascua, veremos cómo el Salvador, en sus múltiples apariciones, viene a traer luz y alegría a todos los que han llorado.

Sacaría de aquí, hermanas mías, una consecuencia muy práctica: procurad no perder nunca vuestras lágrimas, pues son muy preciosas. Utilizadlas siempre para la contrición y el amor.

Que sobre las llagas de Nuestro Señor, sobre sus sufrimientos, sobre sus angustias derraméis lágrimas: «Jesús mío, quiero dártelas a ti, sobre las ofensas que te han hecho, sobre tus dolores quiero derramarlas, para consolarlas, para verte en tu gloria, y que de tus divinas llagas descendan sobre mí torrentes de gracias, de santidad y de bendiciones».